

«Cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio [dice don Quijote]»: La nobleza del caballero

Eduard López Hortelano, SJ

Licenciado en Humanidades. Universitat Pompeu Fabra (Barcelona)

Doctorando en Teología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

E-mail: eduard.lopezsj@gmail.com

Recibido: 29 de febrero de 2016

Aceptado: 3 de marzo de 2016

RESUMEN: Apenas iniciados el VII Centenario de la muerte de Raimundo Lulio y el IV Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, rescatamos el texto del primero, *Libro de la orden de caballería*, con el fin de mostrar la importancia de la nobleza del corazón como ejercicio en el cual deben ejercitarse el escudero que desea ser admitido y recibido en la orden y el caballero que la representa.

PALABRAS CLAVE: Cervantes, honradez, nobleza, orden de caballería, Raimundo Lulio, virtud.

Es bien sabido que estamos celebrando la efeméride del IV Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes (1547-1616) y de William Shakespeare (1564-1616). No corresponde aquí desgranar el significado de esta celebración para la cultura actual y de cómo las letras ayudan al cultivo de las virtudes humanas, quizá nuestra salvación a lo largo de los siglos y también en la actualidad. Más bien, pretendemos acercarnos a otro de los personajes de la literatura universal, el beato Raimundo Lulio (c. 1232-1315/16), apenas concluido su VII Centenario de su muerte (2015/16), y en particular a su *Li-*

bro de la orden de caballería (LOC). Para ello, nos aproximaremos a una de las virtudes que atraviesa el tratado luliano: la nobleza del caballero. Como diría don Quijote a Sancho Panza, “Cuán honroso es este ejercicio”. Este honrado ejercicio configura, junto a otras virtudes, la personalidad del caballero en la Edad Media.

1. El episodio cervantino de la polvareda: caballeros y caballerías

Debemos, ante todo, iniciar nuestro recorrido leyendo y dando la

palabra a Miguel de Cervantes, cuando don Quijote instruye a Sancho, respecto de lo que no sabe del “achaque de caballería”:

«¡Qué poco sabes, Sancho –respondió don Quijote–, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio [...] En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y, viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

—Éste es el día, ¡Oh Sancho!, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; éste es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas e innumerables gentes por allí viene marchando»¹.

Sancho, como escudero del ingenioso hidalgo, representa al hombre que debe introducirse en ese

ejercicio honrado de la caballería a partir de las enseñanzas y de las obras del caballero. Ante la polvareda de humo, los ojos de Sancho se abren a ese conjunto de imágenes emergentes y nacientes de una realidad de la cual Sancho es un simple aprendiz:

«—A esta cuenta, dos deben ser –dijo Sancho–, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era la verdad y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura»².

No cabe duda de que nos encontramos ante un acontecimiento y un fenómeno ocular e imaginativo. Al respecto, la romanista Victoria Cirlot comentó este episodio distinguiendo cuatro etapas: «La formación de la imagen, su construcción, la destrucción y la irrupción del Quijote dentro de la imagen que ya ha dejado de serlo para ser sustituida por la auténtica realidad»³. La relación entre el escudero y el caballero deviene en un proceso de aprendizaje o lo que el adagio alemán proclama: *Le-*

² *Ibid.*

³ V. CIRLOT, *La visión abierta. Del mito del Grial al surrealismo*, Siruela, Madrid 2010, 30.

¹ M. DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, RAE – Alfaguara, Madrid 2004, 155-156.

semeister, *Lebemeister*, literalmente, leer al maestro y vivir al maestro. En esta relación la apertura de los ojos es fundamental ya que se va configurando una realidad imaginada que, progresivamente, se transforma en realidad. Luis Buñuel, en este sentido, lo profetizó: “La realidad sin imaginación es la mitad de la realidad”. Estamos ante un episodio que: 1. Deja entrever la relación entre el escudero y el caballero como un proceso formativo, y 2. Introduce al escudero en una semántica caballerisca y un lenguaje societario, es decir, en una *societas*, la de la caballería.

Lulio, Ignacio de Loyola y Miguel de Cervantes presentan un denominador común, el viaje, “el andar”. El episodio de la polvareda se desarrolla mientras caminan y se resuelve en la “espaciosa llanura”. Son conocidos los viajes de Raimundo Lulio y su prolífica obra filosófica, teológica, narrativa, espiritual o mística. Asimismo, Ignacio de Loyola, sin contar sus estancias en los círculos cortesanos de Arévalo (1506-1517) y de Nájera (1517-1521) al servicio de don Juan Velázquez de Cuéllar, Contador Mayor del Reino, y de don Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, desde su conversión en la casa - torre de Loyola, herido de bala en Pamplona (1521), hasta su vida en Roma como gene-

ral de la Compañía de Jesús, peregrinó: por la soledad de la cueva de Manresa, por las vicisitudes del viaje a Jerusalén, por el inicio de los estudios en Barcelona, Alcalá y Salamanca y sus ocho procesos inquisitoriales, por el París universitario donde encontrará a esos otros “Amigos en el Señor”, germen y fundamento de la *Societatis Iesu*, la Compañía de Jesús. Todo ello no describe sino una geografía o topografía interior, es decir, aquellos lugares que resultan fundantes por su carácter revelador y su dimensión interior.

Este es el pórtico de las caballerías y de los caballeros y que en nuestra aproximación, la nobleza del corazón jugará un papel fundamental tanto para el escudero que anhela entrar en la orden de la caballería como para los caballeros que no representan sino una *societas* en la cual se recibe y se admite al escudero. Cierto es que en la Edad Media se consolida una estructura tripartita entre sacerdotes, guerreros y agricultores como bien analizó J. Martín Lalanda, distinción que, por otra parte, provenía al menos desde el siglo VI de la carta de Gregorio Magno al rey franco Chilperico hasta los escritos del siglo X del fray anglosajón Aelfric (“*oratores*”, “*laboratores*” y “*bellato-*

res")⁴. Ahora bien, los caballeros y las caballerías no solo se ejercitan en el arte de la guerra sino también en el cultivo de las virtudes, de entre las cuales destaca la nobleza del corazón.

2. El Libro de la orden de caballería (Raimundo Lulio): contexto y estructura

Debemos tener en cuenta que el LOC (c. 1275) es una síntesis o una emulación en siete partes de la *Partida II* de las *Siete Partidas* (1256-1265) de Alfonso X el Sabio⁵. Con un estilo más sucinto, más literario y más normativo, Raimundo Lulio dibuja la *Partida II* y sus treinta y un títulos referidos al Rey (tit. I-XI), al pueblo (tit. XII-XX) y a los caballeros (tit. XXI-XXXI). Todos estos códigos caballerescos, el del Sabio y el de Lulio, forman un conjunto de leyes y de significados, regula-

ciones y modos de proceder y, de alguna manera, lo que los franceses llaman una correspondencia entre la *mostrance* y la *senefiance*, es decir entre las normas referidas a los caballeros o al mismo Rey, que se muestran, y su significado. Esta significación no es otra que la necesidad de cultivar el ejercicio de la nobleza y de la honradez como indica el inicio del LOC:

«Faltó en el mundo caridad, lealtad, justicia y verdad; comenzó enemistad, deslealtad, injuria y falsedad, y de ahí nació error y turbación en el pueblo de Dios, que fue creado para que los hombres amasen, conociesen, honrasen y sirviesen y temiesen a Dios»⁶.

De antemano encontramos que la nobleza del corazón no se cualifica nominalmente ("la caridad", "la lealtad", "la justicia", "la verdad") sino que debe ser ejercitada. De aquí, los verbos "amasen", "conociesen", "honrasen", "sirviesen", "temiesen". Por lo tanto, con la práctica o el ejercicio del amor, del conocimiento, de la honradez, del servicio y del temor, el corazón se ejercita en su nobleza y en una sociedad, la medieval, como en tantas otras y como en la actual, cali-

⁴ Cf. ANÓNIMO DEL SIGLO XIII, *La Orden de Caballería* – R. LLULL, *Libro de la Orden de caballería*, J. Martín Lalanda (ed.), Siruela, Madrid 2009. Véase, "Introducción", 11-17. Me remito a: G. DUBY, *Les Trois Ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, Gallimard, Paris 1978.

⁵ Cf. ALFONSO X EL SABIO, *Las Siete Partidas del Sabio Rey Don Alfonso el Nono. Nuevamente glosadas por el Licenciado Gregorio López*, Domingo de Portonaris, Salamanca 1576 (ed. facsímil). En adelante: *Partida*, seguido de la parte, del título y de la ley.

⁶ LOC I, §1, 25.

ficada por su contradicción. Así lo señaló el eminente J. Huizinga:

«Por un lado, la más espantosa dureza contra los desventurados e imposibilitados; por el otro, la más ilimitada ternura, el más íntimo sentimiento de afinidad con los pobres, los enfermos y los dementes [...] Por el contrario, en la increíble dureza espontánea, en la carencia de ternura, en la burla cruel y en la alegría del mal ajeno con que se contempla la desgracia de los míseros, falta incluso este elemento del sentimiento de justicia satisfecho»⁷.

Esta nobleza del caballero debe ser ejercitada por la figura suprema que lo representa, el Rey, “vica-

rio de Dios” (*Partida II*, I, 9) en un mundo donde «Dios es primero e comienzo, e medio, e acabamiento de todas las cosas» (*Partida II*, Prólogo, 2). Desde estas disposiciones, conviene reflexionar en la estructura textual de la obra luliana:

PRÓLOGO (diálogo entre el escudero y el caballero)	
A	I PARTE (Principio y Finalidad de la orden de la caballería).
B	II PARTE (Oficio del caballero).
C	III PARTE (Examen al escudero para entrar).
	IV PARTE (Manera de recibir al escudero en la orden).
B'	V PARTE (Armas del caballero).
	VI PARTE (Costumbres del caballero).
A'	VII PARTE (Honor del caballero).

⁷ Cf. J. HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, Alianza, Madrid 2012 (7.^a reimp.), 35. También léase: «El contraste entre la enfermedad y la salud era más señalado [...] El honor y la riqueza eran gozados con más fruición y avidez [...] Los leprosos hacían sonar sus carracas y marchaban en procesión; los mendigos gimoteaban en las iglesias y exhibían sus deformidades. Todas las clases, todos los órdenes, todos los oficios, podían reconocerse por su traje [...] La administración de la justicia, la venta de mercancías, las bodas y los entierros, todo se anunciaba ruidosamente por medio de cortejos, gritos, lamentaciones y música [...] El mismo contraste y la misma policromía imperaban en el aspecto externo de la ciudad y del campo». Cf. *Ibid.*, 13-14.

Este esquema retórico - literario vertebra el texto luliano en siete partes que se reclaman las unas con las otras de manera concéntrica (A-B-C-B'-A'). En primer lugar, encontramos las partes I - VII (A-A'). El principio de la caballería no es otro que la tendencia al honor y su ejercicio. No olvidemos que aquí estamos hablando

de una *societas* donde prima la representatividad y la colectividad. El caballero representa a toda la orden con su modo de proceder, su oficio y sus costumbres. Asimismo, la *societas* se define como *societas Dei* porque el honor no es referido a uno mismo. Al igual que Alfonso X, Lulio no presenta el honor como la dignidad de sí mismo sino como virtud que señala (*mostrance* y *senefiance*) a Dios: «Dios honrado y glorioso, que sois cumplimiento de todos los bienes, con vuestra gracia y bendición comienza este libro que es de la orden de caballería»⁸. Sin duda alguna, este es el principio que debe regir la orden de caballería. Lulio lo narra de manera literaria situando al escudero en contemplación, recibiendo el *Libro*, en una fuente, con el fin de «menospreciar la vanidad de este mundo»⁹. Este prólogo se enmarca claramente en la correspondencia entre la *mostrance* y la *senefiance* de la que hablábamos. Y el mejor contexto es el de la contemplación donde el escudero recibe este libro y, además, en una fuente. Es así que la fuente en el Medioevo románico y gótico deviene un centro de la fuerza vital¹⁰ –pién-

sese, por ejemplo, en los claustros monacales—. No cabe duda de que el contexto es epifánico. A ello Hugues de saint-Victor (1096-1141) se refirió casi un siglo antes: «Spiritus ascendit contemplatione, Deus descendit revelatione. Theophania est in revelatione, intelligentia in contemplatione» (“Espíritu asciende en contemplación, Dios desciende en la revelación. La teofanía se encuentra en la revelación; la inteligencia, en la contemplación”)¹¹.

3. Principio y finalidad de la caballería

Desde el inicio, Lulio contextualiza al escudero en una experiencia mística. La presencia de la fuente es esencial para entender este anclaje. En una obra contemporánea a la de Lulio, el *Roman de la Rose* (c. 1275 - 1280), en su primera parte escrita por Guillaume de Lorris, el poeta debe penetrar en el jardín con la ayuda de las flechas del dios Amor y en la fuente acontece un episodio contemplativo y maravilloso:

«Entonces me acerqué [a la fuente], me incliné para contemplar

⁸ LOC, “Prólogo”, 65; *Partida* II, II, Prólogo.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Cf. J. E. CIRLOT, “Fuente”, en ID.,

Diccionario de símbolos, Siruela, Madrid 2004⁸, 216-217.

¹¹ HUGUES DE SAINT-VICTOR, *De Unione corporis et spiritus* (PL 177, col. 285B).

el agua que manaba y la gravilla que relucía en el fondo más blanca que la plata pura: tal era la fuente, no hay otra igual en todo el mundo; su agua era siempre fresca y recién salida [...] En el fondo de la fuente había dos piedras de cristal que contemplé con atención [...] Cuando el sol, que todo lo ve, lanza sus rayos a la fuente, y la claridad llega al fondo, aparecen más de cien colores en el cristal que, gracias al sol, se hace morado, amarillo y rojo [...] Contemplé con detenimiento la fuente y los cristales del fondo, que me revelaban mil cosas de las que había alrededor»¹².

Porque de esto se trata, de contemplar las maravillas de Dios. Lemarchand las retrató de la siguiente manera:

«Mirabilia, “hechos admirables”, es decir, maravilla y milagro a la vez. Ambos conceptos nos legó el latín en esta sola palabra, que reúne la aventura interior, quête caballeresca, peregrinaje o viaje iniciático, con el descubrimiento de otros mundos»¹³.

¹² GUILLAUME DE LORRIS – JEAN DE MEUN, *El Libro de la Rosa*, C. Alvar – J. Muela (trad.), Siruela, Madrid 2003², 65-66.

¹³ BENEDEIT – MANDEVILLE, *Libros de Maravillas*, M. J. Lemarchand (ed.), Siruela, Madrid 2002, 11.

En este contexto, Lulio inicia la primera parte (A) ofreciendo los principios de la caballería: «Cada mil fue elegido y escogido el hombre más amable, más sabio, más leal, más fuerte y con más noble corazón, mayor educación y mejor crianza que todos los restantes» (LOC I, §2). He aquí donde descubrimos la semántica que regula al caballero: el “más” y el corazón noble. Ahora bien, este “más” y la nobleza de corazón abarca tanto a la persona como a su apariencia: «El caballo es la bestia más noble y la que mejor conviene para servir al hombre», «convino que se eligiesen y tomasen de entre todas las armas aquellas que son más nobles» (LOC I, §3). Por lo tanto, la nobleza del corazón no solo concierne a su persona sino a todo aquello que le envuelve y le concierne, todo aquello que le reviste y le da una identidad. Para ello, el escudero deberá “meditar y pensar en el noble origen de la caballería”. Establecida la finalidad de la orden de caballería, Lulio dibuja la semántica, es decir, los vocablos que deben regir el modo de proceder de cada caballero: “amor y temor” (LOC I, §5) junto a la verdad y la justicia. Estos dos binomios constituyen la brújula del *habitus* caballeresco porque son «agradables a Dios y a las gentes» (LOC I, §7, 25). El amor, el temor, la verdad y la jus-

ticia serán retomados en la última parte (VII parte-A') ya que son el motor del honor verdadero del caballero, el "honrado por Dios" (LOC VII, §1). Así, el caballero se ejercita en «honrar a su noble corazón porque le hace ser caballero, siendo dicho noble corazón deshonorado cuando el caballero lleva a él pensamientos viles y malos, engaños y traiciones» (LOC VII, §7). En este punto, la nobleza de corazón exige el ejercicio del amor, del temor, de la verdad y de la justicia lo que significa que el escudero que escucha y lee estas disposiciones entra en un proceso formativo donde el cultivo de estas virtudes resulta determinante y marcará su realidad como en el caso de Sancho al ver formarse los dos ejércitos en el episodio cervantino de la polvareda. Esa es su realidad en la cual deberá ejercitarse. Para concluir esta primera parte y séptima (A-A'), debemos apostillar cómo el estatus social no es una condición de entrada en la orden de caballería ya que «el honor y la honra valen más que los dineros, que el oro y que la plata» (LOC II, §25). En ello insistirá la partida alfonsí en sus títulos III (sobre los pensamientos),

IV (sobre las palabras) y V (sobre las obras)¹⁴.

4. Oficio, armas y costumbres

En lo que concierne a las partes segunda, quinta y sexta (B-B') se describen el oficio del caballero (II parte) y su realización mediante las armas y las costumbres (V y VI parte). La segunda parte vertebrada la caballería en torno a dos ejes, el corporal y el espiritual. Este último rige al primero creando así el *habitus* teologal y cardinal de la orden de caballería que se visibiliza en el oficio del caballero: «justicia, sabiduría, caridad, lealtad, humildad, fortaleza, esperanza, experiencia y todas las demás virtudes que se les asemejan atañen al alma del caballero» (LOC II, §2-3). Parecería que la ética del caballero se forjase, antes de cualquier realización de una actividad, en una disposición y en lo que actualmente llamaríamos una conciencia por «mantener y defender a su señor terrenal» (LOC II, §8.12) y por «mantener la tierra», «mantener la justicia» (LOC II, §9) y por «defender viudas, huérfanos, caminos y labradores» (LOC II, §19.22). Esto muestra que el aspecto estricta-

¹⁴ «Riquezas grandes además, non deue el Rey cobdiar» (*Partida* II, III, 4). Cf. *Partida* II, III, 5; II, V, 13-15.

mente bélico, «saber de armas» (LOC II, §10), es solo una actividad frente a los abundantes medios en los cuales el caballero ejercita las virtudes anteriormente mencionadas. En este sentido, podría decirse que la nobleza del corazón es el resultado de una alianza entre “la justicia, la humildad y la paz desentendiéndose la primera de la lujuria”¹⁵. No deja de ser sumamente ilustrador para nuestros días: ejercitarse en la nobleza del corazón y buscar la alianza entre la justicia, la humildad y la paz.

La quinta parte (B') ejemplifica lo anteriormente descrito mediante una serie de metáforas en lo que toca a las armas del caballero. Algunas perspectivas podrían ver aquí un proceso de alegorización. Ahora bien, el texto luliano, enmarcado en un contexto contemplativo, de *mostrance* y de *senefiance*, y las metáforas que se irán concatenando en torno a las armas, revelan un fuerte componente simbólico. No solo el caballo significa la nobleza del corazón sino que el conjunto de metáforas que se describen dan una identidad en la cual debe ejercitarse, debe configurarse y debe formarse. Esta dimensión traslativa o transportadora es propia de la metáfora, no de la alegoría, porque la metáfora en su simbolismo in-

troduce al caballero en otras realidades: espada como la cruz; lanza, la verdad; yelmo, la vergüenza; loriga y castillo contra los vicios; calzas de hierro, la seguridad en los caminos; espuelas, la diligencia; la gola, la obediencia; maza, la fuerza de corazón; puñal, la misericordia; escudo, el oficio de caballero; silla, la seguridad del corazón; el caballo, la nobleza de corazón; freno del caballo, refrenarse de palabras feas y falsas; testera del caballo, el uso de armas con razón; guarniciones del caballo, la custodia de riquezas y bienes; perpunte, la carga de ser caballero; el blasón, la alabanza por sus proezas; el estandarte, mantener el honor del rey, del príncipe o del señor de la tierra¹⁶.

Conviene traer aquí un episodio de *Li contes del graal* de Chrétien de Troyes (siglo XII). El muchacho galés, posteriormente llamado Perceval, sin un aprendizaje, “sin meditar ni pensar” el principio de la caballería como nos dice Lulio, en la yerma floresta solitaria (*gaste forest*), es capaz de cometer uno de

¹⁵ Cf. LOC II, §33-35; 81-82.

¹⁶ En el trasfondo está la metáfora de san Pablo: «Tomad toda la armadura que habéis recibido de Dios, para que podáis resistir en el día malo [...] Sobre todo, que vuestra fe sea el escudo que os libre de las flechas encendidas del maligno; que la salvación sea el casco [...] y que la palabra de Dios sea la espada». Cf. Ef 6, 13-20.

sus grandes pecados: dejar abandonada a su madre, caída en el puente, movido por la fascinación de las armas bermejas¹⁷. Su aprendizaje tendrá lugar en el castillo de Goornemas y solo al final de la obra, en el encuentro de Perceval, desmemoriado, con un ermitaño el día de Viernes Santo: «Hermano, mucho te ha dañado un pecado del que no sabes una palabra, y es el dolor que tuvo tu madre por ti cuando te marchaste de su lado, que cayó desmayada al suelo [...] y por ese dolor murió»¹⁸. Entrar en la orden de caballería supone una exigencia y un aprendizaje. Lulio detalla este esquematismo metafórico con el fin de transportar y de mostrar al escudero lo que significa entrar en la orden de caballería

¹⁷ «La madre, que mucho lo quería, lo besa llorando al separarse y ruega a Dios que lo acompañe. —Bello hijo —le dice—, que Dios os dé más alegría a dondequiera que vayáis que la que me queda. Cuando el muchacho ya se había alejado el tiro de una piedra pequeña, miró y vio caída a su madre al cabo del puente, al otro lado, y yacía desvanecida como si hubiera caído muerta. Él golpea con la vara al caballo en la grupa y se aleja, que no cojea, sino que lo lleva muy rápido por el gran bosque oscuro». Cf. CH. DE TROYES, “El cuento del grial”, en *Obras Completas*, C. Alvar (ed.), Edhasa, Barcelona 2013, 469-470.

¹⁸ Cf. *Ibid.*, 559-560.

y, en especial, entrar en lo que significa la nobleza de corazón.

5. Examinar la nobleza del corazón

Entramos, ahora, en la parte concéntrica y nuclear del texto luliano (III y IV parte¹⁹): el examen al escudero y la manera de recibirlo en la orden. De antemano y cotejándolo con la partida alfonsí (cf. *Partida* II, XXI), estas partes rezuman minuciosos detalles. El examen presentado al escudero versa en el amor y temor de Dios porque es “lo que más conviene preguntar” (cf. *LOC* III, §2). Aquí, no importa el manejo del arte bélico ni otras virtudes secundarias sino el diálogo o el examen que se inicia precisamente con las preguntas acerca del amor y del temor de Dios. En forma de diálogo entre el escudero y el caballero, se presentan veinte párrafos en la III parte que buscan penetrar en la veracidad y en la aptitud más noble de todas: la nobleza del caballero, la del corazón:

¹⁹ Esta parte nuclear del texto luliano (C), concluye en su cuarta parte con el ritual de investidura del escudero como caballero al ser admitido y recibido en la orden de caballería, la cual no podemos comentar aquí.

«La nobleza del corazón no la busques en la boca, porque no siempre dice la verdad; ni la busques en una buena vestidura [...] Tampoco la busques en el caballo, pues no podrá responderte; ni en los adornos ni en el arnés, porque los bellos adornos suelen ocultar un corazón astuto y malvado. Por tanto, si quieres encontrar nobleza de corazón, búscala en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la justicia, en la fortaleza, en la lealtad y en las demás virtudes [...] y, por ellas, el noble ánimo del caballero se defiende de la maldad, del engaño y de los enemigos de la caballería»²⁰.

Por esta razón, el caballero que representa la orden de caballería debe insistir e incidir en esta búsqueda y preguntar al escudero sobre esta cuestión tan principal como normativa: «Tú, caballero que examinas al caballero, estás obligado a buscar en el escudero valor y nobleza con mayor ahínco que cualquier otra cosa» (LOC III, §12).

Expuesto así el motivo fundamental, «en el examen realizado al escudero que aspira a ser caballero, conviene que se le pregunte por su vida y sus costumbres» (LOC III, §11) en una doble dirección. Mientras que, en un primer momento,

el caballero debe interrogar sobre las cualidades físicas del escudero, «hombre contrahecho o demasiado grueso», «defecto de cuerpo» (LOC III, §17); en un segundo tiempo, las cuestiones tratan sobre el carácter poco virtuoso y los impedimentos para recibir al escudero en la orden de caballería: «Orgullo, maleducado, sucio de palabras y de ropas, de corazón cruel, avaro, mentiroso, desleal, perezoso, iracundo y lujurioso» (LOC III, §20)²¹.

Todas las preguntas se mueven en un mismo campo semántico: ¿Por qué entrar en la orden de caballería? Si la nobleza de corazón es el principal objetivo de las preguntas del caballero, la segunda finalidad es presentar al escudero las cargas que supone ser admitido y recibido en dicha orden:

«Cargas y grandes peligros que aguardan a quienes la quieren recibir y defender; pues el caballero ha de temer el vituperio de las gentes que la muerte, y más sufrimiento debe causar la vergüenza a su ánimo que el hambre, la sed, el calor, el frío o cualquier otro sufrimiento y esfuerzo a su cuerpo. Por eso todos estos

²⁰ LOC III, §4, 83.

²¹ En la partida alfonsí, son cuatro las virtudes: cordura, fortaleza, mesura y justicia. Cf. *Partida* II, XXI, 4.7.9. Acerca de los impedimentos: *Partida* II, XXI, 12.

peligros deben ser mostrados y expuestos al escudero antes de ser armado caballero»²².

Cuando don Quijote, el ingenioso hidalgo, muestra las imágenes emergentes de la polvareda a su escudero, Sancho, no hace sino introducir al escudero en esas cargas o peligros. No podemos aquí abstenernos de presentar otro de los textos más emblemáticos. Las *Constituciones* (Co) de la Compañía de Jesús, fundada por san Ignacio de Loyola, presenta un *Examen General* en forma de diálogo con el que se examina al candidato que desea entrar en la Compañía de Jesús. Si bien no es posible comparar aquí de modo exhaustivo el texto luliano y el jesuítico, en las *Constituciones* se presentan esas mismas “cargas y peligros”:

«Asimismo es mucho de advertir a los que se examinan, encareciendo y ponderándolo delante de nuestro Criador y Señor [...] aborrecer en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos [...] aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación [...] así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro

Señor, aman y desean intensamente todo el contrario, es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia, tanto que [...] desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna de ello) por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo» (Co 101).

6. A modo de reflexión final

Cuatro siglos después de Lulio, el sarcasmo del Siglo de Oro se manifestó en la célebre expresión de Francisco de Quevedo: “Poderoso caballero es don Dinero”. No es este el sentido de nobleza de Lulio, de san Ignacio, ni de Cervantes. Sin embargo, los textos, las artes, en general, y la historia, en particular, nos muestran un depósito al cual acudir para que nos enseñen: volver la vista atrás para ver el camino y lo que nos enseñan nuestros predecesores. Sus contextos son contingentes. Su validez es universal. La nobleza del corazón es lo buscado por la orden de caballería. ¿Podría serlo en nuestros días? Primero, exigiría un cambio en el modo de concebir la representatividad. Quienes tienen la función de representación, cualquiera que esta sea, en diferentes ámbitos (político, social, cultural,

²² Cf. LOC III, §15, 85-86.

económico, educativo) de representación, deberían tener en cuenta que representan a un orden, lo que supondría “meditar y pensar el origen de ese orden”, esto es, su finalidad y principio. Segundo, independientemente de las creencias religiosas, de la búsqueda de la nobleza del corazón resultaría la salvación. Si, de entrada, nos movemos en “pensamientos viles y engaños”, el *ethos* de cualquier empresario, directivo o ser huma-

no que represente un orden determinado, se desvirtúa. La nobleza del corazón busca ese *ethos*, la ética y el modo de proceder acorde con un ejercicio y un cultivo de las virtudes (lealtad, fortaleza, justicia, entre otras) porque, como Cervantes nos dice por boca del ingenioso hidalgo, don Quijote, “cuán honroso es este ejercicio”. Y no olvidemos que como en la Edad Media, hoy “falta en el mundo caridad, lealtad, justicia”. ■

SALTERRAE

Senén Vidal

La resurrección de los muertos

El testimonio bíblico


SALTERRAE


Presencia
Teológica

SENÉN VIDAL

La resurrección de los muertos

El testimonio bíblico

128 págs.

P.V.P.: 10,50 €

El recorrido por el testimonio bíblico descubre como marco de la esperanza en la resurrección la acción maravillosa del Dios *creador y recreador*, que actuó al comienzo, actúa ahora, e indefectiblemente actuará al final del proceso de esta creación, en el que se incluye el camino de la humanidad. La acción resucitadora de Dios es, realmente, la revelación del sentido de su acción creadora. Lo cual equivale a decir que la resurrección, por la que surge la nueva creación, es el desvelamiento definitivo de la verdad de la creación.


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
